

## **¿FONDOS DE CABAÑA O DEPÓSITOS RITUALES? SOBRE UN TIPO DE CONTEXTOS MATERIALES DEL BRONCE FINAL Y COMIENZOS DE LA EDAD DEL HIERRO EN EL SUR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA. EL DEPÓSITO DE CORTIJO RIQUELME (ALMERÍA)**

### ***Pithouses or ritual dumps? On Late Bronze and Early Iron Age's material context type in the South of the Iberian Peninsula. The dump of Cortijo Riquelme (Almería)***

José Luis LÓPEZ CASTRO, Carmen Ana PARDO BARRIONUEVO y Laura MOYA COBOS

*Dpto. de Geografía, Historia y Humanidades-UAL. Edificio Departamental de Humanidades y Ciencias de la Educación II (Edif. C). Ctra. Sacramento, s/n. 04120 La Cañada, Almería. Correo-e: [jllopez@ual.es](mailto:jllopez@ual.es); [cpb868@ual.es](mailto:cpb868@ual.es); [lmc853@ual.es](mailto:lmc853@ual.es)*

Recepción: 16/01/2017; Revisión: 20/02/2017; Aceptación: 30/05/2017

**RESUMEN:** Cortijo Riquelme es un depósito arqueológico del Bronce Final e inicios de la Edad del Hierro del Sureste de la Península Ibérica asimilable a los denominados “fondos de cabaña”: una interpretación tradicional recientemente rechazada en diversos estudios críticos. Siguiendo estas propuestas, en el artículo se efectúa un análisis del contenido del depósito mencionado, formado principalmente por cerámicas locales y fenicias importadas de gran antigüedad, que muestran la introducción del vino fenicio y del servicio para consumirlo, como resultado de las relaciones entre autóctonos y colonizadores fenicios. Se efectúa una comparación con otros contextos similares que se distribuyen por el Sur de la Península Ibérica desde finales de la Edad del Bronce, aunque la mayoría datan de los primeros siglos del I milenio a. C. coincidiendo con la colonización fenicia. Otros depósitos mediterráneos de Creta, Chipre, Sicilia y el Norte de África relacionados con banquetes colectivos ayudan a proponer una interpretación para el depósito de Cortijo Riquelme y otros del mismo tipo en los que la amortización ritual de los recipientes usados en banquetes contribuirían a la formación de los depósitos, en un contexto de incremento de la competición de las élites autóctonas en procesos de diferenciación social.

*Palabras clave:* I milenio a. C.; SE de Iberia; contextos de depósito; banquetes rituales; población autóctona; colonización fenicia.

**ABSTRACT:** Cortijo Riquelme is a Late Bronze and Early Iron Age's archaeological dump in the South East of the Iberian Peninsula which belongs to the so called pithouses. This traditional interpretation has been rejected by recent critical studies. Following this positions, the paper analyzes the mentioned dump, which mainly contained Late Bronze and very ancient Phoenician imported pottery, showing the introduction of Phoenician wine and the service for its consumption. A comparison is done with other similar dumps distributed in the South of the Iberian peninsula from Late Bronze Age, though the majority are dated during the early centuries if the 1<sup>st</sup> millennium BC, coinciding with the Phoenician colonization. Another Mediterranean dumps from

Crete, Cyprus, Sicily and North Africa related with feasts help to propose an interpretation for the dump of Cortijo Riquelme and others of the same type, in which the ritual deposit of the containers used in feasts should contribute to the formation of dumps, in a context of increasing competition of local elites in processes of social differentiation.

*Key words:* 1<sup>st</sup> millennium BC; South East of Iberia; deposit contexts; ritual feasts; local populations; Phoenician colonization.

## 1. Introducción

La mayoría de los asentamientos del último periodo del Bronce Final y comienzos de la Edad del Hierro excavados en los años 60 a 90 del pasado siglo definieron un patrón de asentamiento consistente en poblados casi siempre amurallados, localizados en cerros y alturas, en los que las estructuras de habitación serían cabañas edificadas sobre zócalos de piedra, normalmente de planta ovalada o circular y en ocasiones cuadrangulares, en cuyo interior se documentan testimonios de habitación como hoyos de poste, hogares y pavimentos, y en su exterior restos materiales y orgánicos producto de la ocupación humana. Esta tipología de hábitat está ampliamente documentada en asentamientos del Bronce Final que perduran en la mayoría de los casos hasta la Edad del Hierro, como el Castro dos Ratinhos en Portugal (Berrocal y Silva, 2010); la primera fase de Montemolín (Chaves y De la Bandera, 1991) o Cerro Mariana (Izquierdo, 1998) en Sevilla; Colina de los Quemados en Córdoba (Luzón y Ruiz, 1973); Capellanía (Martín, 1993-1994), Castillejos de Alcorrín (Marzoli *et al.*, 2010), *Acinipo* (Aguayo *et al.*, 1986) y Peña Rubia (Medianero *et al.*, 2002) en Málaga; Cerro de la Mora (Carrasco *et al.*, 1982), Cerro de la Encina (Aranda y Molina, 2005), Cerro de los Infantes (Mendoza *et al.*, 1981) y Cerro del Real en Granada (Pellicer y Schüle, 1962); Cerro de los Cabezuelos en Jaén (Contreras, 1982); Peñón de la Reina (Martínez y Botella, 1980) en Almería; La Serrecica (Lomba, 1995) y Castellar de Librilla (Ros, 1989) en Murcia, y Los Saladares (Arteaga y Serna, 1979-80) en Alicante.

A diferencia de estas estructuras construidas y claramente identificables como cabañas, un buen número de yacimientos contemporáneos a los anteriores, excavados en su mayoría en los últimos

decenios, consisten en estructuras negativas con abundante material arqueológico que han sido definidas en la mayor parte de la literatura científica como “fondos de cabaña”. Casi todos han sido localizados mediante excavaciones preventivas y de urgencia que han permitido documentar un tipo de yacimiento que se aparta del patrón de asentamiento más conocido durante el Bronce Final antes mencionado. El patrón geográfico de estos “fondos de cabaña” está caracterizado normalmente por su ubicación en zonas llanas, sin delimitaciones y sin responder a un entramado urbano definido, tanto en los casos en los que aparecen ejemplares aislados como en las agrupaciones de estas estructuras, que hizo denominarlas “poblados abiertos” (García y Fernández, 2000: 9).

El contexto arqueológico de Cortijo Riquelme (Turre-Los Gallardos, Almería) responde a este tipo de contexto interpretado habitualmente como “fondo de cabaña”. Situado en una suave elevación en la margen izquierda del río Aguas, en 2006 fue objeto de una intervención arqueológica preventiva que nos llevó a identificar inicialmente una acumulación de materiales estratificados, sobre todo cerámicos, como un “fondo de cabaña” de finales de la Edad del Bronce y comienzos de la Edad del Hierro (Fig. 1). Los estudios preliminares del yacimiento nos obligaron a replantear esta propuesta inicial (López Castro *et al.*, 2017). En el presente estudio analizamos este tipo de yacimientos arqueológicos denominados “fondos de cabaña” durante finales de la Edad del Bronce y comienzos de la Edad del Hierro y proponemos una interpretación alternativa como depósitos antrópicos estructurados, siguiendo la propuesta de Suárez y Márquez (2014) para relacionarla con prácticas sociales y rituales de banquete y consumo colectivo de alimentos.

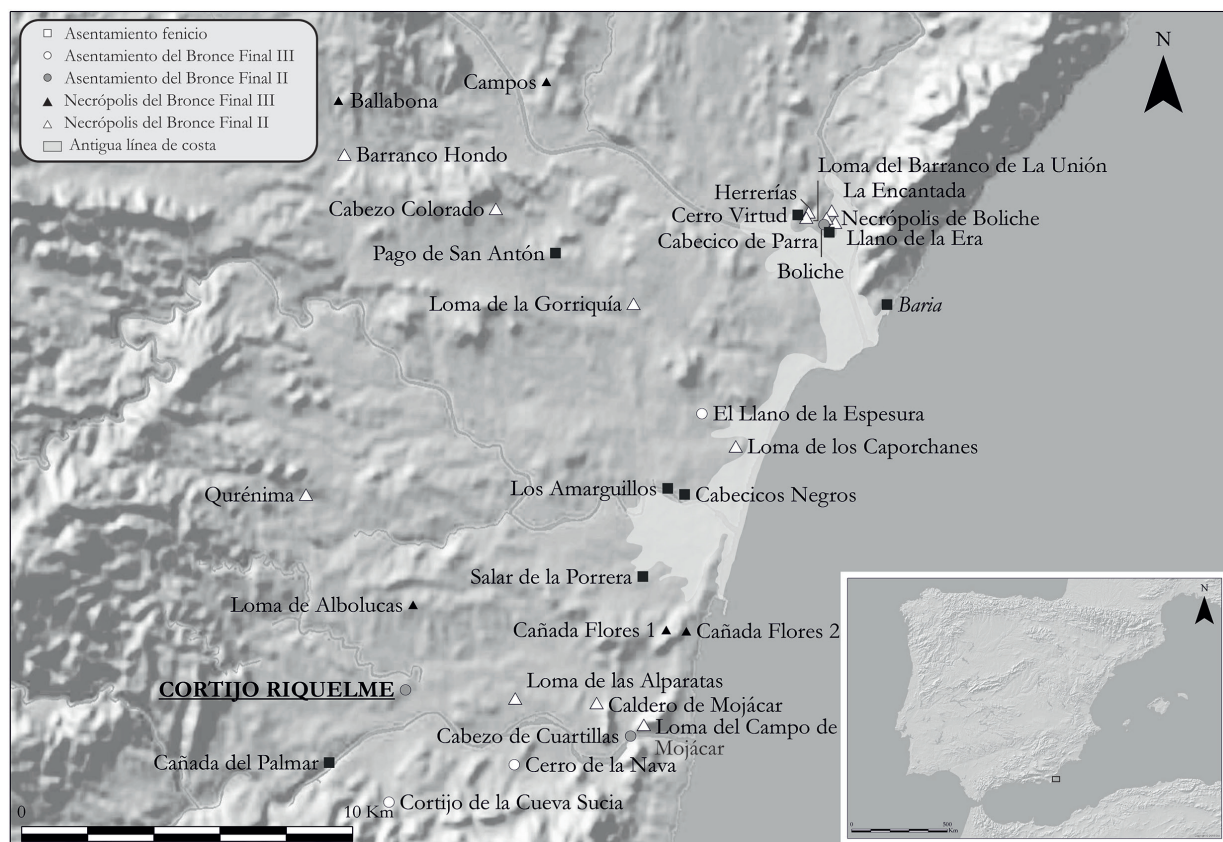


FIG. 1. Poblamiento de la depresión de Vera entre el Bronce Final e inicios de la Edad del Hierro.

## 2. Geografía y cronología de los “fondos de cabaña”

Las estructuras negativas que analizamos se extienden geográficamente por el Sur peninsular alcanzando hasta Alicante (Fig. 2). Cronológicamente se remontan en algunos casos a un periodo avanzado del Bronce Final, pero anterior a la llegada de importaciones coloniales, hacia los ss. XII-X a. C., mientras que en su mayoría se extienden durante los inicios de la Edad del Hierro, en los ss. IX-VII a. C. Las estructuras más antiguas se localizan en el Bajo Alentejo, en los yacimientos de Entre Águas 5 (Serpa) y Salsa 3, donde se excavaron “fondos de cabaña” de planta irregular. En el primero se documentaron tres estructuras negativas muy irregulares, de 7,90 x 3,60 m, 4,80 x 2,50 m y 6 x 3,50 m como medidas máximas, excavadas en el sustrato a unos 55-80 cm de profundidad, que contenían abundantes cerámicas a mano,

elementos líticos, fauna, carbones y cenizas y elementos metalúrgicos (Rebello *et al.*, 2009: 464-468). En Salsa 3 las dos estructuras presentan superficies de unos 12 x 4 a 7,5 m y 4 x 2,6 m respectivamente, excavadas en el sustrato geológico y una profundidad que apenas alcanzaba 90 cm, alojando un único depósito con escasas cerámicas del Bronce Final (De Deus *et al.*, 2009: 517-519). A continuación, en Huelva, en la zona arqueológica de la Orden-Seminario se ha documentado una alineación de fosas de distintos tamaños y de planta ligeramente oblonga, con una cronología inicial encuadrada entre los ss. X-IX a. C. por la presencia de cerámica nurágica. La disposición espacial de dichas estructuras en forma de “U” con un diámetro de alrededor de 60 m refuerza la hipótesis de la intención de crear un cercado, y se les atribuye una superposición de posibles usos como fosas de siembra, vertederos o cabañas colmatadas por sucesivos depósitos (Gómez *et al.*, 2014).

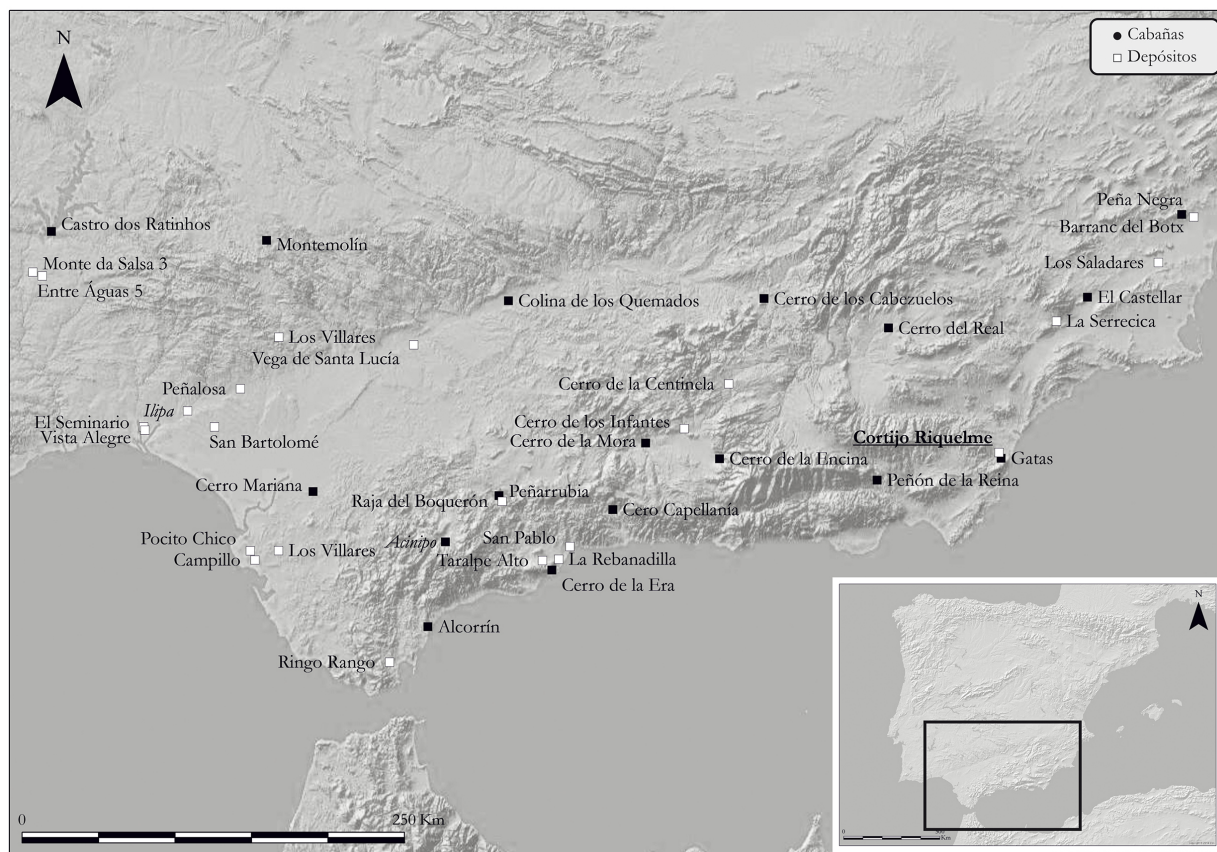


FIG. 2. Situación de los yacimientos del Bronce Final e inicios de la Edad del Hierro mencionados en el texto.

En el Valle del Guadalquivir, en Vega de Santa Lucía (Córdoba), se encuentra un conjunto de estructuras anterior a los contactos coloniales compuesto por unos treinta “fondos” excavados en margas e identificados superficialmente, de los que sólo llegaron a excavarse tres (Murillo, 1994: 63, 421-422), que presentan planta de tendencia elíptica. El identificado como número 8 presentaba unas dimensiones máximas de 6,50 x 3,60 m y una potencia superior a 1,5 m compuesta por tres momentos de ocupación datados al menos en el s. ix a. C. El nivel inferior cubría un pequeño muro de compartimentación de 30 cm de altura tallado en las propias margas del sustrato geológico. En el segundo nivel se identificaron los restos de un hogar circular situado en un extremo de la estructura (Murillo, 1994: 71; Delgado, 2005: 588). Entre el material arqueológico recuperado se encontraban restos orgánicos, aunque lo más abundante fue el

conjunto cerámico compuesto por vasos a mano como copas, cazuelas, soportes y vasos de distintos tamaños con perfiles esféricos. Una variante significativa con respecto a otros contextos similares es la ausencia tanto de cerámicas a torno, como de cerámica a mano con decoración bruñida y la presencia de cerámicas incisas y decoradas en rojo. Además, se documentaron varios dientes de hoz tallados en sílex, fragmentos de molinos de mano, un alfiler de cobre y un ídolo realizado con un guijarro fluvial (Murillo, 1994: 71).

En el yacimiento de La Rebanadilla, próximo al aeropuerto de Málaga, se documentó una primera fase, anterior a la construcción del establecimiento fenicio, en la que se identificaron estructuras excavadas en el sustrato geológico datadas en la segunda mitad del s. ix a. C. según indican las cerámicas geométricas, sardas, autóctonas y fenicias asociadas. La principal hipótesis sobre su funcionalidad apuntaría

a fosos realizados para la extracción de arcilla en un periodo inicial de aprovisionamiento de materiales. Sin embargo, no se ha descartado que se tratara de estructuras como fondos de cabaña o talleres metalúrgicos. Esta última hipótesis estaría apoyada en la presencia de varios niveles cenicientos que contenían escorias de cobre y bronce, restos de fundición de cobre, goterones de plomo y otros artefactos como puntas de flecha y un anzuelo (Sánchez *et al.*, 2011: 189-190).

En la ciudad de Málaga, en el área de San Pablo, se documentó un “fondo de cabaña” de planta ovalada con unas dimensiones de 3 x 2,2 m y una datación del s. IX a. C. (Melero, 2008: 358-360). En el depósito de colmatación se distinguieron dos niveles: el más antiguo, de escasa potencia, fue identificado como el de uso doméstico de la “cabaña”. Albergaba restos de combustión en un estrato en forma de lentejón de 1 m de diámetro, interpretado como hogar, junto a un foso circular de 65 cm de diámetro. En el supuesto hogar se registraron *in situ* varios fragmentos de un ejemplar de cazuela y otro de olla bastante completos. Por su parte, del nivel superior, de unos 50 cm de potencia, además de vasos carenados bruñidos y cuencos de perfil esférico en estado muy fragmentario, se recogieron restos de pequeños adobes alisados por una cara, así como de fauna y malacofauna; sus excavadores interpretaron este estrato como vertedero tras la amortización de la cabaña (Melero, 2008: 369).

En el área de Niebla se hallaron dos denominados “fondos de cabaña” datados entre los ss. X y VIII a. C. El de menor envergadura, de tendencia circular y con 1 m de diámetro, se encontraba relleno por un único sedimento con una potencia estratigráfica de 33 cm. El segundo, de forma elipsoidal, alcanzaba una anchura máxima de 1,82 m y estaba colmatado por cuatro unidades estratigráficas con una potencia de 66 cm, en las que se recuperaron restos antracológicos, faunísticos, malacológicos, escorias de sílice y plata, nódulos de adobe, artefactos en hueso como agujas o punzones, y un amplio conjunto cerámico realizado a mano, como cazuelas bruñidas con decoración reticulada y ollas con digitaciones, además de abundantes fragmentos de

cerámica a torno de tradición oriental y cerámicas grises (Campos *et al.*, 2006: 177-183).

El más oriental de los yacimientos con “fondos de cabaña” de Huelva es Peñalosa, con estructuras fechadas entre los ss. IX y VII a. C. Dos de ellas, con planta elíptica, presentaban unas dimensiones de 4 x 3,5 m y 4 x 2 m respectivamente; otras cuatro, de planta más irregular y menores dimensiones, fueron interpretadas como estructuras anejas a las de habitación. Las fosas estaban dispuestas de forma aleatoria y todas ellas se encontraban rellenas por un único estrato con restos de ceniza de unos 30-40 cm de potencia, con abundantes fragmentos cerámicos de cazuelas y copas a mano bruñidas, ollas y urnas, algunas decoradas con incisiones de aspas y digitaciones, así como un borde de cuenco de engobe rojo fenicio datado a mediados del s. IX a. C. (García y Fernández, 2000: 76).

La primera fase del asentamiento de La Peña Negra de Crevillente, Alicante, que arranca a mediados del s. IX a. C., presenta dos “fondos de cabaña”: el primero está en el Corte 4a, excavado en el sustrato geológico, con planta irregular y unas dimensiones de 2,5 x 1,80 m y varias capas de relleno que contenían cerámicas a mano de cocina y bruñidas, como fuentes carenadas o soportes de carrete (González, 1979: 21-25). Un segundo “fondo de cabaña” se localizó en el Departamento 6, parcialmente excavado en el sustrato geológico, con planta lenticular y unas dimensiones de 7,3 x 3 m y varias capas de relleno que contenían cerámicas a mano de cocina y bruñidas, como fuentes carenadas, cuencos o cazuelas de carena alta y algunos con motivos incisos geométricos (González, 1985: 19-20, 24).

Con una datación similar, entre los ss. IX y VIII a. C., debemos mencionar el yacimiento ubicado en el Barranc del Botx, en Crevillente, donde se documentó una fosa excavada sobre la arcilla con una anchura máxima de 3,5 m y una potencia conservada de 1 m que fue rellena por tres estratos diferenciados. Entre el material recuperado, destaca la gran cantidad de materia orgánica carbonizada, sobre todo, restos carpológicos y antracológicos, piedras termoalteradas, restos de fauna, múltiples fragmentos de barro cocido, trozos de molinos barquiformes

y cerámica a mano, principalmente fuentes carenadas. Los excavadores han barajado la posibilidad de que se trate de una fosa de funcionalidad incierta, quizás un fondo de cabaña, un silo o, incluso, un hoyo para extracción de arcilla que fue reaprovechado como vertedero de desechos de actividades domésticas (García *et al.*, 2007: 90-93).

En la provincia de Cádiz se localiza el yacimiento portuense de Pocito Chico donde se exhumó un depósito que ha sido interpretado como el cierre ritual de una cabaña semisubterránea (Ruiz y López, 2001: 103-145). La planta, de tendencia oval, oscilaba entre 8 y 10 m de diámetro. El relleno, con una potencia máxima de unos 2 m, estaba formado por varios estratos ricos en material arqueológico con presencia de formas a mano como copas, cuencos, ollas, cazuelas o soportes de carrete, y cerámicas a torno entre las que podemos destacar *oinochoai*, cuencos, copas policromas y de cerámica gris, y bordes estrechos de platos fenicios. Además, junto al material cerámico se registraron pesas, cuentas de cornalina, restos de industria lítica, fragmentos de cáscara de huevo de avestruz y objetos de metal como agujas y cuchillos. En cuanto a la datación de este conjunto, además de algunos materiales cerámicos, los análisis mediante  $C^{14}$  realizados a carbones y huesos apuntan hacia los siglos IX-VIII cal BP, mientras que los practicados a las conchas retroceden la cronología más allá del s. X cal BP, en consonancia, según sus investigadores, con la aparición de cerámica estilo Cogotas I y una cuenta de collar de procedencia micénica (Ruiz y López, 2001: 316-325). El hallazgo de fragmentos de un mismo recipiente en distintos estratos que no estaban en contacto directo apoya la hipótesis de un cierre rápido de la estructura, colmatada de forma intencionada con materiales procedentes de otros depósitos primarios (Ruiz y López, 2001: 146-152).

También en el “fondo” hallado en Campillo, otro asentamiento portuense de momentos tempranos del s. VIII a. C., la estructura se encontraba rellena por dos niveles bien diferenciados que contenían, una vez más, el repertorio de cerámicas que venimos señalando como propias de los primeros contactos de las poblaciones autóctonas del

Bronce Final con el mundo fenicio (López *et al.*, 1996: 50).

Algo más tardías son las estructuras del yacimiento de Vista Alegre-Universidad en Huelva, datadas en el s. VIII a. C. (De Haro, 2009; Linares, 2009). Se trataría de un conjunto de tres “fondos de cabaña” de tendencia circular irregular, dos de ellos con un área de unos 10 m<sup>2</sup> y un tercero que no alcanzaba los 5 m<sup>2</sup>. El de mayor potencia, en torno a los 70-80 cm de profundidad, se encontraba colmatado por cinco estratos que fueron interpretados como el resultado de diversos procesos de producción y consumo en un lugar de hábitat, distinguiendo áreas de actividad en su interior por la presencia de un posible horno. El registro arqueológico recuperado es una mezcla de cerámica a mano bruñida, cerámica a torno local y producciones fenicias (Linares, 2009: 1758-1761).

De la misma cronología, el yacimiento de San Bartolomé de Almonte presenta una superficie superior a las 40 ha con varios conjuntos de fondos dispersos interpretados como un poblado de cabañas (Ruiz y Fernández, 1986: 17). Las fosas de planta irregular, algunas ovaladas, se encontraban colmatadas por un solo estrato de tono grisáceo de pocos centímetros de potencia donde se han diferenciado posibles usos de hábitat, vertederos y hornos. La cerámica exhumada muestra igualmente la combinación de facturas a mano propias de las poblaciones del Bronce Final junto a producciones fenicias realizadas a torno (Ruiz y Fernández, 1986: 176-183).

En la costa malagueña se localiza otro “fondo de cabaña” de finales del s. VIII a. C. en Taralpe Alto (Alhaurín de la Torre), formado por una fosa de tendencia ovalada excavada sobre un suelo arcilloso de margas, con unas dimensiones en torno a los 6 x 4 m. Apareció colmatada por un estrato grisáceo de unos 60 cm de potencia media que alcanzaba el metro de profundidad en su zona central y que fue interpretado como un aporte intencionado de desechos de actividades domésticas. Los materiales recuperados incluían cerámicas a mano, principalmente cuencos y grandes vasos de perfil en “s”, y cerámicas a torno, con presencia de cuencos y platos

de engobe rojo y borde estrecho, así como ánforas T-10.1.1.1, soportes de carrete y *pitthoi* de asas geminadas. También se registraron elementos metálicos como escorias, una hoja de cuchillo y una pulsera de bronce, además de numerosas pesas cilíndricas y bicónicas, restos de fauna, malacofauna y algunos carbonos (Santamaría *et al.*, 2012: 196-202).

En el interior de la provincia de Málaga, en el paraje denominado Raja del Boquerón, se reconocieron en superficie dos “fondos de cabaña” del último cuarto del s. VIII a. C. de planta oval, con unas dimensiones aproximadas de 4 x 3 m. Las cerámicas procedentes de estas estructuras eran principalmente ollas y cuencos a mano decorados en su mayoría con incisiones, excisiones y retícula bruñida. En una fase inmediatamente posterior se construyó una vivienda de planta rectangular compartimentada (Cantalejo, 1991-1992: 59-60).

En la plaza de San Pablo en Málaga se registraron seis estructuras de fosa fechadas en torno a finales del s. VIII a. C. o inicios del VII a. C. Cinco de ellas presentaban tendencia circular cuyo diámetro iba desde los 2 m documentados en la estructura de más envergadura hasta los 70 cm de la más pequeña. Debido a que estaban colmatadas con un relleno de considerable potencia, fueron interpretadas como silos asociados a otras estructuras de hábitat a las que pertenecería una sexta estructura. Esta última, de planta ovalada y con una longitud máxima de 5-6 m, se encontraba rellena por un solo estrato, interpretado como vertedero tras el abandono. En esta unidad sedimentaria se identificaron restos de carbón, fauna y abundante malacofauna, además de un amplio conjunto de cerámicas bastante fracturadas. Aunque se registró un predominio de la cerámica a mano bruñida, también fueron identificados materiales a torno fenicios, como platos de engobe rojo con borde estrecho, *pitthoi* y fragmentos de cerámica policroma a bandas (Fernández *et al.*, 2001: 289-301).

Los ejemplos más recientes documentados se localizan en Cádiz: el primero, el yacimiento de Los Villares de Jerez de la Frontera, está formado por un conjunto de tres estructuras tipo “fondo de cabaña”, interpretadas como un pequeño núcleo de

hábitat. Dos de las fosas, con un área en torno a los 20 m<sup>2</sup>, contenían un solo estrato de relleno de 20-30 cm de potencia y de una tonalidad oscura que aportó restos de fauna, ollas, *pitthoi* con decoración policroma a bandas, platos de engobe rojo, cerámicas grises y ánforas fenicias, todo en estado muy fragmentario. La tercera estructura, con un área de 36 m<sup>2</sup> aproximadamente, se encontraba colmatada por tres estratos diferenciados en una potencia de 65 cm. En el inferior se documentó un hogar geminado y dos hoyos de poste separados unos 15 cm entre sí, lo que invitó a pensar que se trataba de una estructura habitacional (López, 2009: 371-373).

El segundo “fondo de cabaña” tardío es el de Ringo-Rango, en la bahía de Algeciras (Bernal *et al.*, 2010: 559-561). Se trata de una estructura pseudocircular con una única fase de uso y amortización datada en el s. VII a. C. e inicios del VI a. C. En los 95 cm de potencia de su relleno arqueológico se documentaron los restos de un posible derrumbe de mampuestos junto con cerámicas a mano bruñidas y a torno, entre ellas ánforas T-10.1.2.1, *pitthoi*, jarras de asas geminadas tipo “Cruz del Negro”, vasos de barniz rojo, cerámicas grises y algunos elementos de instrumental lítico. La localización de una mancha oscura planteó la posibilidad de la presencia de un hogar en su interior.

Otro ejemplo reciente se documenta en la provincia de Granada. Junto al río Cubillas, el Cerro del Centinela ofrece dos “fondos de cabaña” de escasa potencia excavados sobre margas cuya forma y dimensiones no han podido determinarse debido a las labores agrícolas. En la Cabaña A se identificaron dos posibles hoyos de poste, mientras que en la Cabaña B se localizó parte de un hogar muy destruido. Los materiales cerámicos hallados en ambas cabañas, a mano y a torno, son bastante uniformes, aunque la B contiene un porcentaje mayor de piezas a torno. Entre ellas destacan ollas globulares y cilíndricas facturadas a mano, cerámicas grises, platos, grandes recipientes de almacenamiento tipo *pitthoi*, en ocasiones decorados a bandas y con asas geminadas, así como varios ejemplares de ánforas T-10 de finales del s. VII y principios del VI a. C. (Jabaloy *et al.*, 1983: 351-362).

### 3. El depósito de Cortijo Riquelme

La estructura documentada en el corte 4 de Cortijo Riquelme (Figs. 3 y 4) está cubierta por sedimentos de poca potencia que alcanzan aproximadamente 1 m, y que se depositaron inicialmente sobre una fosa poco profunda excavada en una base geológica de arcilla. Sin embargo, la estratificación estaba alterada por usos agrícolas en época contemporánea: el empleo del arado, cuyas improntas se

quedaron en la arcilla del sustrato geológico, removió en su mayor parte los sedimentos alcanzando en algunas áreas bastante profundidad. Hemos distinguido en función del grado de afección del arado tres paquetes o agrupaciones de unidades estratigráficas: superior, intermedia e inferior, de manera que sólo las de esta última, las más profundas, UUEE 15-17, no estarían afectadas. La UE 17 es el relleno de un pequeño foso cuadrangular de 40 x 50 cm y unos 20 cm de profundidad que consiste

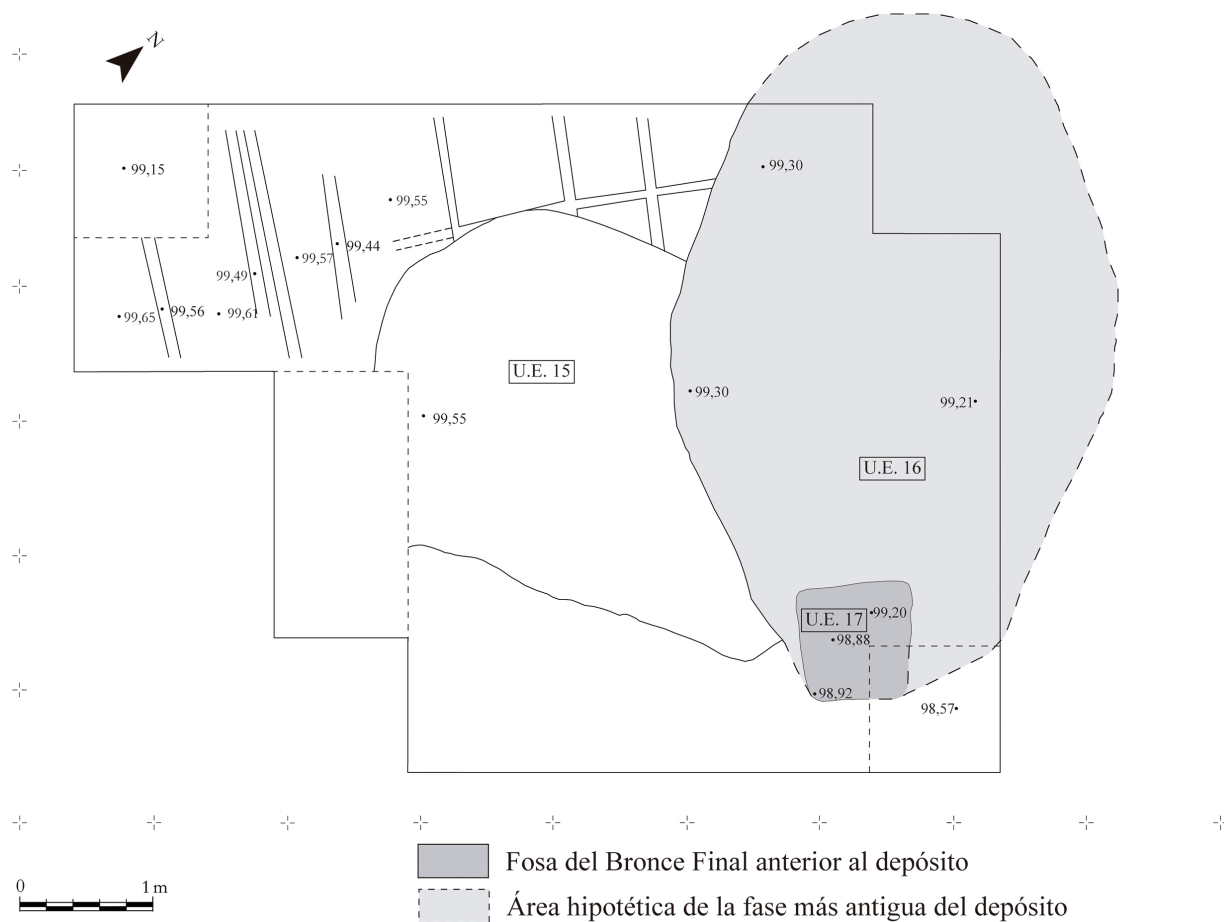


FIG. 3. Planta final del depósito de Cortijo Riquelme.

en un sedimento arenoso diferente al registrado en los estratos superiores, con cerámicas a mano en su interior y ausencia de cerámicas a torno, que sería anterior al foso de las UUEE 15 y 16 por su posición estratigráfica bajo la UE 16 y de acuerdo con las dos dataciones absolutas obtenidas.

Ambas dataciones de  $C^{14}$  fueron efectuadas sobre muestras de conchas previamente identificadas como ejemplares recogidos vivos para su consumo<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Cf. Carrasco, S.: *Estudio malacológico de Cortijo Riquelme*, informe policopiado realizado en 2011.





FIG. 4. Estado final del depósito de Cortijo Riquelme.

procedentes de las UUEE 15 y 17: respectivamente CRH/06-40069 1004-823 cal BC y CRH/06-40079 1152-925 cal BC, de las que la más antigua pertenece a una muestra de la UE 17. La datación más reciente de la UE 15 es similar a las fechas absolutas obtenidas en otros asentamientos como Huelva, calle Méndez Núñez (Nijboer y Van der Plicht, 2006), la fase más antigua de El Carambolo (Fernández y Rodríguez, 2007: 94-104, figs. 5-13) y La Rebana-dilla (Sánchez *et al.*, 2011), que sitúan al menos en el s. IX cal BP los inicios de la presencia fenicia en el Sur peninsular.

Las unidades estratigráficas de los paquetes superiores debieron formarse en una fase posterior de deposiciones antrópicas. Asimismo, la composición edáfica ha alterado los materiales arqueológicos, pues las cerámicas presentan una película calcárea fuertemente adherida, que quizás ayudaría a explicar el que no se haya conservado en el depósito materia orgánica como restos óseos y arqueobotánicos, frente a la presencia de restos malacológicos. El repertorio se completa con fragmentos de molinos de mano, una cuenta de cornalina y escorias de producción de hierro.

Las cerámicas recuperadas, tanto autóctonas como fenicias, presentan fracturas vivas, en muchos casos hay fragmentos de los mismos vasos, en ocasiones

de gran tamaño. Las producciones a mano son encuadrables en las tipologías del Bronce Final del Sureste peninsular (Molina, 1978; Ros, 1989; Lorrio, 2008) que comprenden cerámicas de almacenamiento como urnas, en algún caso decoradas (Fig. 5: 40054-1480; 40070-1470), y orzas de diferentes tipos y decoraciones como digitaciones y más raramente incisiones (Fig. 5: 40066-1544; 40042-1354; 40046-1317); cerámicas cuidadas de superficies bruñidas como cuencos y fuentes carenadas (Fig. 5: 40060-1537; 40076-1546 y 1547; 40054-1483) o

soportes de carrete (Fig. 5: 40012-1208), así como cerámicas de cocina, esencialmente ollas globulares (Fig. 5: 40012-1198; 40060-1546) y de perfil en 's (Fig. 5: 40063-1529 y 40062-1528). Este repertorio encuentra sus paralelos en un horizonte que podemos definir en líneas generales a partir de los contextos estratificados del Cerro del Real de Galera, en concreto los estratos IX, VIII y VII (Pellicer y Schüle, 1966), las fases iniciales del Cerro de los Infantes (Mendoza *et al.*, 1981), Cerro de la Mora (Carrasco *et al.*, 1982), Peñón de la Reina (Martínez y Botella, 1980) o la fase Peña Negra I (González, 1979). El fragmento decorado de urna de la UE 15 (Fig. 5: 40070-1470) tiene paralelos en necrópolis vecinas de la Depresión de Vera, como La Encantada 4 y en la tumba de El Caldero de Mojácar (Lorrio, 2008: 85-86, fig. 31, B, 1; 120, fig. 57, 1), datadas en el Bronce Final Pleno, entre 900-850 y 850-775 a. C.

En el repertorio de las cerámicas del Bronce Final del Sureste peninsular se ha constatado una serie de cambios tipológicos, tecnológicos y decorativos respecto al Bronce Pleno argárico que han sido puestos en relación con nuevas formas de preparar, servir y consumir alimentos. Las formas abiertas predominan no sólo para contener alimentos, sino para mostrarlos, mientras que los diferentes tamaños

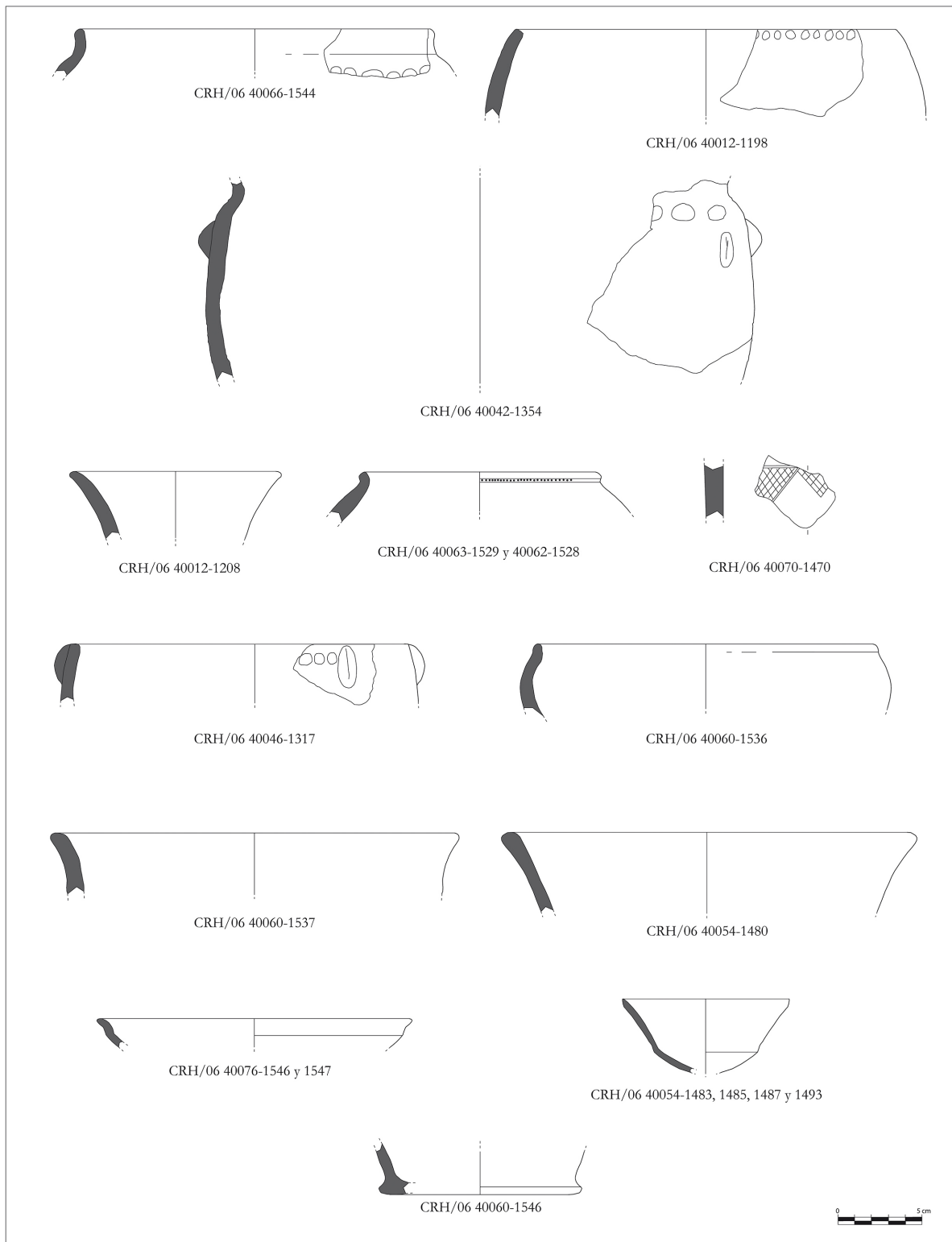


FIG. 5. Cerámica a mano documentada en Cortijo Riquelme.

de los vasos abiertos, sean de perfiles simples o carenados, se agrupan por su tamaño, guardando una proporción según fuera su función: para contener líquidos para beber, entre 100 y 140 mm de diámetro; para el consumo individual de alimentos, entre 170 y 220 mm, y para el consumo colectivo, entre 240 y 380 mm de diámetro, alcanzando una proporción aproximada de 3 a 1 entre estos dos últimos grupos. Asimismo aparecen formas cerámicas nuevas, como los soportes de carrete para sostener y exhibir otros vasos y sus contenidos (Sánchez y Aranda, 2008: 79-81). El estudio en curso de las cerámicas del Bronce Final de Cortijo Riquelme confirma la presencia en el depósito de soportes de carrete y de vasos de perfil carenado encuadrables en los rangos mencionados para vasos contenedores de líquido, de consumo individual, y algo más abundantes para consumo colectivo. Las cerámicas cuidadas para el consumo de alimentos representan en total un 31% de elementos diagnóstico entre vasos del repertorio local y los que imitan a mano formas fenicias, mientras que las destinadas al almacenamiento suman un 37%, frente al 32% de cerámicas de cocina<sup>2</sup>.

Por su parte, las cerámicas a torno suponen un 31% del total del conjunto, muy inferior al 69% de cerámicas a mano, señalando posiblemente su condición de importaciones. Las cerámicas a torno fenicias presentan un repertorio formado por cerámicas de almacenamiento como cráteras anforoides orientales decoradas con bandas de pintura roja (Fig. 6: 40088-1259) o roja y negra. Un fragmento de *pitthos* con borde abierto y asa trigeminada (Fig. 6: 40105-1386) tiene como paralelo más cercano el ejemplar de la necrópolis de La Rebanadilla (Sánchez *et al.*, 2011: 84, fig. 21). Entre las cerámicas de transporte hay algunas ánforas de tipología oriental (Fig. 6: 40088-1257) como un borde de ánfora de tipo *storage jar* 5 de Tiro, datable en el s- VIII a. C. Dentro del conjunto a torno, las cerámicas de transporte y almacenamiento alcanzan el 36,5%.

<sup>2</sup> Datos de distribución tecnológica y funcional de la cerámica tomados del estudio en curso del yacimiento por los autores.

La vajilla de mesa a torno representa un 58,5% de las producciones a torno, se encuadra en repertorios fenicios orientales y occidentales muy antiguos y está formada principalmente por platos y cuencos de engobe rojo o decorados con bandas de pintura (Fig. 6: 40057-151 y 1512; 40083-1024; 40085-1173; 40105-1388), entre ellos platos de los tipos 7, 9 y 10 de Tiro (Fig. 6: 40057) fechados desde finales del IX a. C. o comienzos del VIII a. C. hasta 760 a. C. (Bikai, 1978: 23-24). Un plato de borde estrecho de engobe rojo presenta una anchura de borde de 2,1 cm (Fig. 6: 40085-1173), lo que nos remite a la Fase B1 de Morro de Mezquitilla, datada a comienzos del s. VIII a. C. y al Periodo II del Teatro Cómico de Cádiz, fechado entre fines del IX y mediados del VIII a. C. Más recientes son dos fragmentos de copas carenadas decoradas (Fig. 6: 40088-1262), que encuentran sus paralelos en el Cronicario de *Sulcis*, en Cerdeña, donde se datan hacia mediados o la segunda mitad del s. VIII a. C. A estas cerámicas hay que añadir un conjunto de cerámicas grises a torno (Fig. 6: 40089-1251 y 1272) que siguen tipos fenicios o bien reproducen formas del repertorio local a mano. El conjunto material se completa con un 5% de cerámicas fenicias de cocina y muestra una amplitud cronológica de unos 50 a 75 años que se correspondería con el periodo de depósito de desechos en el yacimiento (López Castro *et al.*, 2017).

La funcionalidad de este repertorio cerámico está en relación con el consumo del vino introducido por los fenicios en Occidente: ánforas orientales para transportarlo; cráteras anforoides, posiblemente para transportar y también mezclar y preparar las bebidas siguiendo la moda siria de especiar el vino (Botto, 2000: 65-70), y cuencos o platos profundos y copas para beber, que representan la mayoría de los vasos importados, así como un número significativo de los vasos imitados a mano. En el estudio en curso de las cerámicas fenicias de Cortijo Riquelme se observa el predominio de los vasos para servir y consumir bebidas y alimentos, que supera la mitad de los elementos diagnóstico. Las formas cerámicas relacionadas con el almacenaje, transporte y preparación del vino tienen una representación significativa y están presentes soportes y pedestales a torno

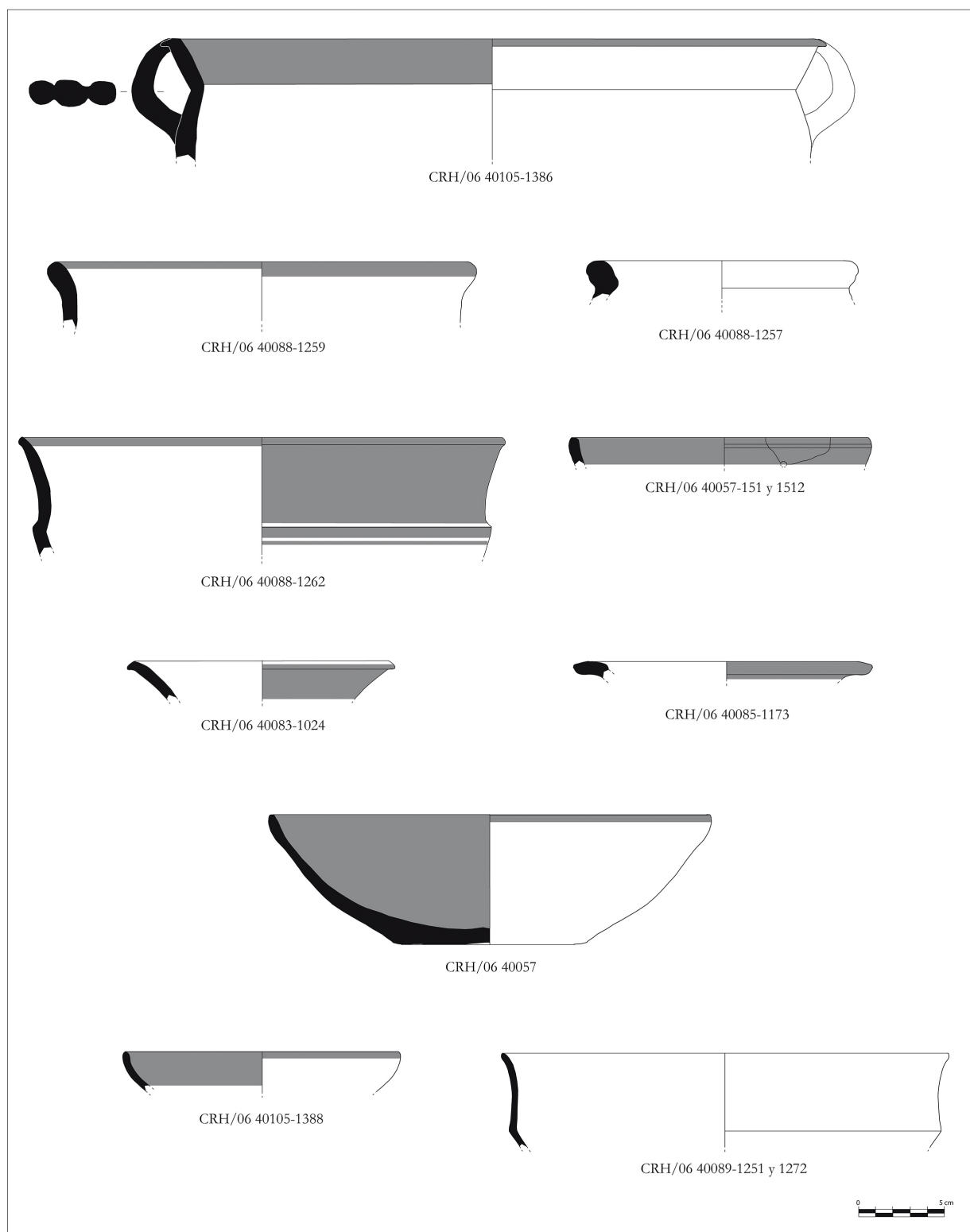


FIG. 6. Cerámica a torno documentada en Cortijo Riquelme.

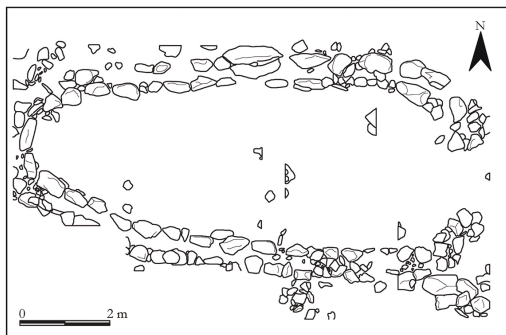


Fig. 7.1. Casa 1 de Penón de la Reina (Alboloduy, Almería) a partir de Martínez y Botella, 1980: Fig. 130.

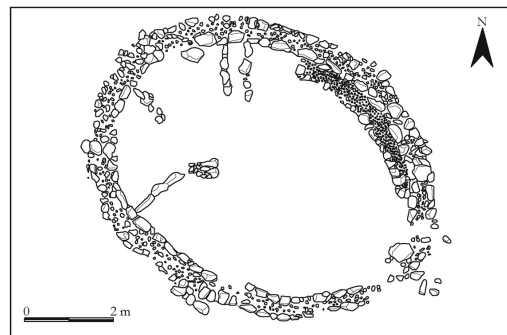


Fig. 7.2. Cabaña 1 de La Serrecica (Totana, Murcia) a partir de Lomba, 1995: 98, Fig. 1.

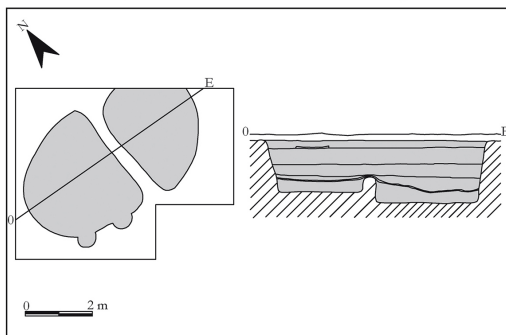


Fig. 7.3. Fondo de Cabaña número 8 de Vega de Santa Lucía (Córdoba) a partir de Murillo, 1994: 66 y 68.

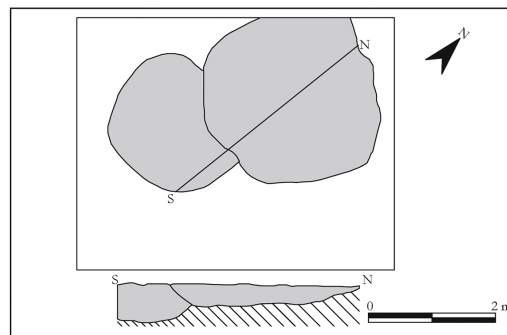


Fig. 7.4. Fondo de cabaña X-A y X-B de San Bartolomé (Almonte, Huelva) a partir de Ruiz y Fernández, 1986: 39, Fig. 8.

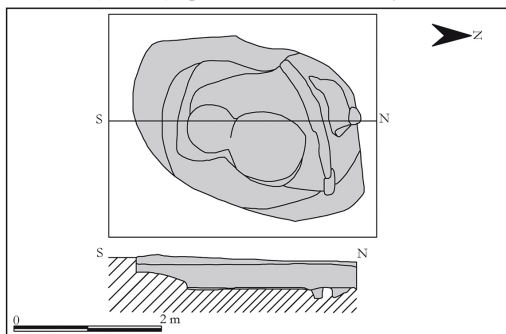


Fig. 7.5. Cabaña de San Pablo (Málaga) a partir de Melero, 2008: 368, Fig. 6.

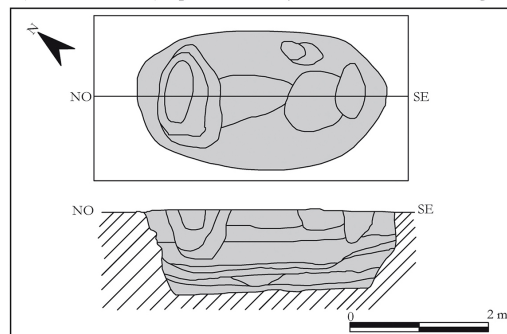


Fig. 7.6. Estructura 304 de La Orden-Seminario (Huelva) a partir de Gómez *et al.*, 2014: 146., Fig. 4.

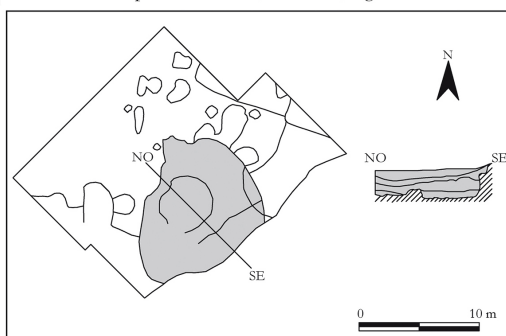


Fig. 7.7. Cabaña de Pocito Chico (Cádiz) a partir de Ruiz y López, 2001: 57, Lám. 6.

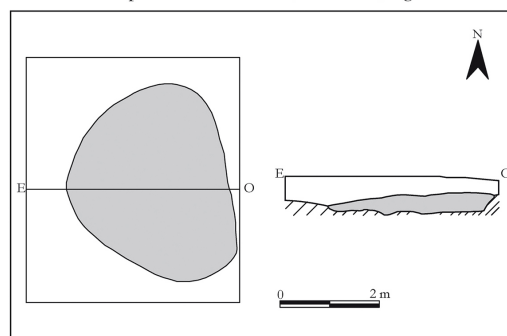


Fig. 7.8. Fondo 2 de Peñalosa (Escacena del Campo, Huelva) a partir de García y Fernández, 2000: 30, Fig. 4

Fig. 7. Cabañas de zócalo de piedra y depósitos del Bronce Final e inicios de la Edad del Hierro.

para mostrar los alimentos y bebidas, mientras que el número de cerámicas de cocina es muy reducido. Por su antigüedad, además, en su conjunto podrían corresponder a alimentos fenicios importados, particularmente el vino, así como los vasos que los contenían y aquellos otros en los que se consumían, en un contexto autóctono.

#### 4. Fondos de cabaña vs. depósitos antrópicos estructurados

Al analizar los datos publicados de los “fondos de cabaña” hemos comprobado cómo es frecuente que se siga una línea de interpretación cómoda, en la que se atribuyen a aquéllos los mismos rasgos que las cabañas con zócalos de piedra bien documentadas en los poblados coetáneos. Como ha sido justamente subrayado de forma crítica (Suárez y Márquez, 2014: 217), los excavadores han considerado los contextos como desechos de actividades domésticas y productivas depositados en el interior de las supuestas cabañas, que generaron los sedimentos propios de una ocupación continuada.

En primer lugar, en todos los casos analizados se ha registrado material arqueológico propio de viviendas, como cerámica de cocina y de mesa, así como restos de útiles para la producción, como los molinos barquiformes en los casos de Ringo-Rango y Barranc del Botx. En algunos contextos, entre ellos los documentados en Vista Alegre-Universidad, Los Villares, Ringo-Rango o San Pablo, la presencia de restos de carbón y cenizas junto a cerámicas o piedras quemadas ha reforzado la hipótesis del “fondo de cabaña” por su identificación como hogares o actividades de combustión, ya que serían elementos característicos de las cabañas prehistóricas.

Asimismo, el hallazgo de restos de metalurgia como escorias y otros elementos de fundición, en concreto en Niebla, La Rebanadilla y Tarape Alto, o la aparición de pesas de telar, como en los casos de Taralpe Alto y Pocito Chico, inciden en la realización de actividades productivas en el interior de los fosos. El mismo argumento se ha visto reforzado con la presencia de hojas de sílex en Pocito Chico;

útiles de hueso, como los punzones documentados en Niebla, o los elaborados en metal, entre ellos el cuchillo de Taralpe Alto, así como la aguja de bronce y los cuchillos de hierro de Pocito Chico. En ocasiones, se llegan incluso a proponer distintas áreas de actividad dentro de los “fondos de cabaña” (Linares, 2009: 1760-1761), mientras que los elementos de adorno personal, como las cuentas de collar y el brazaleté pétreo hallados en Pocito Chico o la pulsera de bronce de Taralpe Alto, sugerirían la presencia de habitantes.

Junto a ello hay otros factores constructivos a favor de la idea de estructuras habitacionales, como la existencia de cierta compartimentación interior del espacio, fenómeno muy poco frecuente que ha sido documentado en San Bartolomé de Almonte (Ruiz y Fernández, 1986: 117) y en Vega de Santa Lucía (Murillo, 1994: 66, fig. 4.3). De manera general, la cubierta superior de estas estructuras semisubterráneas se concibe como un techo de tipo vegetal y otros materiales perecederos, ya que no se han encontrado evidencias de dichos cierres (Izquierdo, 1998: 281). La única prueba material a la que se recurre habitualmente para indicar que existió techumbre es la aparición de restos de adobe en su relleno, ya que pudieron ser parte de las paredes de estas supuestas cabañas (Fernández, 2003: 44; Murillo, 1994: 71; Ruiz y Fernández, 1986: 117 y 141). En otros casos, incluso, los adobes presentaban improntas de cañas o tenían una de sus caras pulidas para formar parte de posibles pavimentos.

Una propuesta más matizada es la ofrecida por algunos investigadores que intentan conciliar un primer destino de estas fosas como “fondos de cabaña” para, después de abandonadas, ser empleadas para contener deposiciones intencionadas. La prueba más tangible para tal interpretación estaría avalada por la existencia de sedimentos generados durante la ocupación de la fosa como vivienda, que estarían en contacto con la base de la fosa y contendrían algunas cerámicas *in situ* en un estado poco fragmentario y en ocasiones asociadas a posibles hogares (Linares, 2009: 1759-1761; López, 2009: 373; Ruiz y López, 2001: 159; Campos *et al.*, 2006: 182; Meller, 2009: 368-369). En un momento impreciso

de su vida útil, la cabaña cambiaría su funcionalidad y se procedería a su colmatación mediante potentes depósitos repletos de material cerámico.

Sin embargo, cada vez son más los autores que, a pesar de asumir la terminología de “fondo de cabaña” en sus publicaciones, se plantean dudas en cuanto a la funcionalidad de las estructuras debido a las incongruencias entre el registro arqueológico y el uso de las fosas como espacio de hábitat. Muchos autores vacilan entre las hipótesis de fondos de cabañas y fosas-basureros asociados a otras cabañas aisladas, como sucede en La Orden-Seminario, Los Villares, Taralpe Alto, Niebla o San Bartolomé. A esta disyuntiva se añade en algunos casos la hipótesis de su consideración como hornos metalúrgicos, tal y como ocurre en determinados depósitos de La Rebanadilla, San Bartolomé, Barranc del Botx, Peñalosa y Vega de Santa Lucía, e incluso se propone una posible interpretación como hoyos para la extracción de arcilla reutilizados como vertederos en los casos de La Rebanadilla y Barranc del Botx. Asimismo, se ha llegado a ver en algunos de estos contextos el cierre, posiblemente ritual, de antiguas cabañas que se colmatan de forma intencionada tras su amortización, como sucede en Pocito Chico, San Pablo o Campillo.

En el polo opuesto encontramos una nueva tendencia interpretativa que juzga insuficientes las evidencias que abogan por la interpretación como lugares de hábitat de los “fondos de cabaña” y plantean alternativamente que se trata de depósitos antrópicos estructurados (Suárez y Márquez, 2014). El debate parte del establecimiento de un paralelismo con la misma problemática que presentan los yacimientos prehistóricos del IV y III milenio a. C. interpretados como *pithouses* o “casas pozo” y los “poblados de fosos”, conceptos cuando menos cuestionables debido tanto a problemas de interpretación estratigráfica –la denominada “Premisa Pompeya”– como a la falta de evidencias constructivas que demuestren la ocupación de pozos y fosas como espacios de hábitat (Jiménez, 2007; Jiménez y Márquez, 2014).

La “Premisa Pompeya”, tomada de Schiffer (Jiménez, 2007: 475-476), consiste en considerar que

el lugar de uso y deposición de un artefacto, cualquiera que sea su funcionalidad, es el mismo y se descarta así la posibilidad de una deposición secundaria. En este sentido, Suárez y Márquez (2014: 219) rescatan el argumento planteado por Jiménez Jáimez (2007) para hallazgos similares del IV y III milenio a. C. basado en que “... los contextos arqueológicos, domésticos o no, no pueden ser interpretados simplemente como *kits* de herramientas o ‘inventarios domésticos’, reflejo directo de las actividades allí llevadas a cabo”, tal y como se viene haciendo tradicionalmente con los materiales registrados en los supuestos “fondos de cabaña” (Jiménez, 2007: 476). Ello ha implicado habitualmente la confusión entre desechos humanos primarios, resultado de una actividad humana *in situ*, y desechos humanos, resultados de una deposición secundaria. Asimismo, se olvida que el relleno de estructuras en negativo es siempre un acto humano intencionado, en el cual la naturaleza de la sedimentación es diferente a la primaria, y generalmente anómala como muestran las acumulaciones de hasta 2 metros de sedimentos (Jiménez, 2007: 478-483), o la sedimentación de estratos de tendencia cónica, denominada “efecto reloj de arena” como consecuencia de la colmatación cenital de estructuras negativas (Jiménez y Márquez, 2006: 42). En efecto, la presencia de suelos repletos de desechos que conformaban los sedimentos de colmatación y que fueran contemporáneos a su uso como lugar de hábitat sería de todo punto disfuncional. Como hemos podido ver en el análisis previo, los rellenos alcanzarían una potencia de entre 0,20 y 2 m, y estarían conformados por uno o varios estratos. Este fenómeno ha sido destacado por quienes cuestionan si la deposición de desechos domésticos podría generar una potencia estratigráfica de tal magnitud, tanto de sedimentos como de materiales arqueológicos. Además, entenderlo de este modo implicaría obviar las tareas de limpieza y mantenimiento de las supuestas cabañas, que sin duda se llevarían a cabo (Jiménez, 2007: 476; Suárez y Márquez, 2006: 219).

Cabe señalar en este sentido que existe cierto acuerdo implícito por parte de los excavadores de “fondos de cabaña” en que los rellenos parecen

responder más bien a vertidos y aportes intencionados que a suelos de uso, pues se configuran de forma masiva y aleatoria, como sucede en San Pablo, Los Villares, Taralpe Alto y Pocito Chico, por no hablar del estado altamente fragmentario del material cerámico. Finalmente, los estratos no siempre están depositados de manera horizontal y se alejan de lo que podría considerarse una superficie usada como suelo o pavimento. Es más, nos encontramos ante estratos cuya potencia varía irregularmente a lo largo de su extensión y resulta habitual la presencia de cierto rehundimiento en la zona central de las estructuras, de manera que los márgenes laterales se encontrarían elevados o con ciertos amontonamientos, como es el caso de Vista Alegre y Taralpe, lo que indicaría una sedimentación anómala e intencionada. En este sentido cabe añadir que no existe acuerdo entre los excavadores en cuanto a la denominación de los rellenos y vemos en las diversas publicaciones alusiones a niveles de habitación, etapas de ocupación, suelos de uso, episodios con determinadas funciones, niveles o depósitos cotidianos (Suárez y Márquez, 2014: 215), que acaban por forzar el registro hacia su interpretación como resultado del hábitat.

En lo que respecta a la falta de datos concluyentes sobre los rasgos constructivos de las supuestas cabañas, conviene recordar que son estructuras negativas de tendencia oval o irregular excavadas sobre terreno arcilloso en espacios abiertos, en muchos casos de una superficie muy reducida que haría imposible vivir dentro, como se ha reconocido en los casos de Niebla y Vega de Santa Lucía (Fig. 7). Además, en ocasiones, el perfil acampanado de las paredes, como sucede en Barranc del Botx, o el exceso de profundidad de otras, como el fondo 8 de La Vega de Santa Lucía, serían impedimentos contundentes para llevar a cabo actividades cotidianas en su interior. Igualmente, si tenemos en cuenta las características edafológicas arcillosas y margosas de los suelos en los que se encuentran excavadas las estructuras negativas en cuestión, la habitabilidad de los espacios sería imposible puesto que la permeabilidad de estos materiales facilitaría el filtrado del agua reteniendo su humedad y ablandando las paredes (Jiménez y

Márquez, 2006: 44). Tampoco se han registrado suelos o pavimentos en el interior. De igual modo, hay ausencia de pruebas que demuestren la existencia de algún tipo de cubierta: no existen hoyos de poste que sustentaran la techumbre, tanto en el interior como en el exterior de los “fondos de cabaña”. Sólo se han aducido en el caso de Los Villares o en el fondo II de San Bartolomé, pero la documentación publicada no permite comprobar su existencia en el primer caso, ni en el segundo adoptan una distribución racional para sostener una techumbre ni una profundidad suficiente para sustentar poste alguno con éxito. Tampoco puede asegurarse que los restos de adobes o piedras que se registran estén *in situ* formando estructuras. Finalmente, la compartimentación interior de Vega de Santa Lucía, más que un muro resultante de la excavación de la marga geológica, podría ser alternativamente el resultado de dos fosas contiguas (Fig. 7.3.), y la supuesta compartimentación hecha mediante un murete de adobes del fondo I.2 de San Bartolomé no pudo ser identificable, pues apareció destruida por las raíces de un olivo (Ruiz y Fernández, 1986: 97).

En definitiva, la ausencia de suelos y techumbres en los “fondos de cabaña”, la insuficiencia de espacio, la irregularidad de las paredes y las inconveniencias del sustrato de base, analizadas con detalle, hacen que el fenómeno arqueológico de los “fondos de cabaña” pierda entidad y credibilidad. Se ha seguido una inercia interpretativa a partir de las estructuras negativas neolíticas y calcolíticas identificadas como fondos de cabaña adaptando el registro arqueológico de deposiciones secundarias a un concepto preconcebido de estructura de habitación existente en algunos asentamientos como las cabañas de zócalo de piedra. Asimismo, al estar el registro formado por todo tipo de artefactos y elementos orgánicos propios de las actividades diarias, presente de forma coetánea en los contextos de habitación de cabañas, ha motivado la identificación de los rellenos como fruto de la ocupación humana como vivienda. Así pues, podemos concluir que los “fondos de cabaña” serían en realidad depósitos intencionados de vertidos –sedimentos y material arqueológico– de forma estructurada.



## 5. Una propuesta interpretativa

Tras el análisis de este tipo de estructuras del Sur peninsular nos parece necesario mantener una actitud crítica sin comprometer los registros arqueológicos a ideas o conceptos preconcebidos. Resulta evidente que nos encontramos ante unas prácticas de deposición secundaria en las que podemos diferenciar dos tipos de rellenos. En algunos casos, las estructuras negativas estuvieron colmatadas con un único sedimento, pero, en otros, el relleno parece estar compuesto por varios estratos cuyo material cerámico fue contemporáneo y en algunos casos incluso se han podido documentar fragmentos de la misma pieza en distintos niveles. Así, Suárez y Márquez (2014: 219) hablan de “deposición estructurada”, para definir esta conducta cuyos mejores ejemplos los encontramos en época prehistórica (Jiménez y Márquez, 2006). Un buen ejemplo del carácter controlado de la colmatación lo encontramos en el depósito de Pocito Chico en Cádiz. Este relleno contenía varios fragmentos de un mismo recipiente documentados en distintos estratos sin contacto directo. Ello induce a pensar que el relleno de esta fosa o depósito secundario se produjo en un mismo momento mediante el vertido de sedimentos procedentes de un mismo depósito primario (Ruiz y López, 2001: 147-152).

Aun cuando se rechace que las deposiciones que se analizan sean interpretadas como “fondos de cabaña”, la formación de estos depósitos debió producirse por causas determinadas, en unas condiciones históricas ya del I milenio a. C., distintas de las que produjeron los denominados “fondos de cabaña” neolíticos y calcolíticos. Sin embargo, del análisis inicial de los contenidos de los depósitos que nos ocupan no queda clara la funcionalidad que pudieron tener: quizás fueron en algunos casos simples basureros que albergaban los desechos de las actividades domésticas por razones de higiene. En todo caso habría que valorar también el porqué del traslado de desperdicios y objetos de un depósito original primario a otro secundario ubicado a cierta distancia. Este esfuerzo habría que relacionarlo con la posibilidad de que el acto de la deposición tuviera,

en determinados casos, un significado concreto y que la colmatación de la estructura negativa con materiales específicos procedentes de contextos diferentes y alejados se justificara por prácticas sociales con una determinada intención simbólica o ritual.

Aunque quedan muchos interrogantes por responder para explicar los depósitos que ocupan este estudio, disponemos de algunos indicios de su origen y del carácter ritual que pudieron tener algunos de ellos. En primer lugar, señalaremos la localización de la mayoría de los depósitos en áreas abiertas y llanas o en suaves colinas que presentan un denominador común como es el sustrato de arcillas o margas. Ello facilitaría el acceso y la extracción de arcilla, para usar posteriormente los fosos resultantes como vertederos. En segundo lugar, llama la atención la utilización recurrente de los mismos lugares para depositar los diferentes desechos. En este sentido, es interesante señalar cómo el foso cuadrado más profundo de Cortijo Riquelme, la UE 17 (Fig. 4), presenta sólo cerámicas a mano en pequeña cantidad, con una fecha de  $C^{14}$  más antigua que la del depósito posterior que se le superpone. Ello podría estar indicando que el lugar estuvo destinado a cumplir una misma función de depósito antes y después de los contactos con los fenicios. En la mayoría de las ocasiones conocidas se trata de áreas separadas de los lugares de habitación, donde se depositan otros desechos en pozos más pequeños que los denominados “fondos de cabaña” o con contenidos específicos, como son los restos de actividad metalúrgica que se observan en algunos depósitos.

Entre los rasgos comunes de la práctica totalidad de los depósitos se encuentra la presencia de vasos cerámicos destinados a la preparación de alimentos y su consumo. En muchos de ellos se depositaron también restos de fauna seguramente consumida, así como restos de combustión.

No deja de ser significativo que este tipo de estructuras, con un contenido tan homogéneo, comenzase a extenderse en el Sur peninsular en el mismo periodo en que se desarrolla la colonización fenicia de nuestras costas, en torno a los ss. IX-VII a. C. Los contactos entre pobladores autóctonos y

colonizadores fenicios supusieron la introducción de nuevos bienes y productos en las prácticas sociales de las sociedades autóctonas que han quedado en el registro arqueológico de la época, incluyendo depósitos como el de Cortijo Riquelme y otros que incluyen cerámicas a torno importadas. La introducción de vino fenicio y de las formas orientales de consumirlo en celebraciones colectivas y banquetes sería una de esas prácticas. Aunque no es posible separar desechos de origen doméstico de los de banquete en deposiciones secundarias, el consumo de vino documentado a través de cerámicas importadas aparece como elemento diferenciador respecto a depósitos anteriores a la presencia fenicia o de otros periodos prehistóricos anteriores.

En esencia, nuestra hipótesis consiste en que las sucesivas capas de sedimento con abundantes elementos de estas características estarían indicando diferentes episodios de deposición intencionada, algunos de los cuales podrían ponerse en relación con restos de banquetes colectivos. Las diferencias cronológicas de los materiales arqueológicos depositados responderían a deposiciones sucesivas en lugares escogidos para este propósito por una misma comunidad humana. Ello no implica necesariamente que todos los depósitos del Bronce Final y comienzos de la Edad del Hierro hubieran de formarse como consecuencia de banquetes, pues, como hemos visto, se puede atribuir a causas diversas su formación.

Ya desde el Bronce Pleno se documentan en el Sureste peninsular indicios de prácticas de comensalidad asociadas a actividades funerarias en asentamientos argáricos del Sureste, puestos en evidencia a partir de la creación de una vajilla ritual estándar para el consumo de alimentos y el sacrificio y consumo de ganado en banquetes funerarios (Aranda, 2008). Como hemos indicado, la sociedad del Bronce Final del Sureste peninsular introdujo una serie de cambios en el repertorio cerámico, relacionado con nuevas formas de servir y consumir alimentos, tanto individuales como colectivas (Sánchez y Aranda, 2008: 79-81), que se observan en el conjunto cerámico de Cortijo Riquelme. Hay que destacar en este sentido el hallazgo de un asador de bronce de comienzos de la Edad del Hierro en

el yacimiento de El Cerro del Pajarraco, situado al igual que Cortijo Riquelme en la depresión de Vera (Lorrio, 2008: 400, fig. 210).

La celebración de banquetes rituales entre las poblaciones de la Edad del Bronce y la Edad del Hierro como prácticas sociales de comensalidad reforzaba los elementos identitarios y solidarios del grupo, al tiempo que ponían de manifiesto las jerarquías y relaciones sociales y de género en el seno de las comunidades a través de los diferentes roles desempeñados por los participantes en el transcurso de las celebraciones y en relación con el acceso diferenciado al consumo de determinados alimentos (Sánchez, 2008: 26, 32-34; Pollock, 2012: 3-4, 9-10; Delgado, 2013: 327-328), entre los cuales estaría sin duda el vino importado. Este tipo de prácticas de comensalidad se documentan ampliamente en el ámbito mediterráneo, donde están documentadas en Creta durante la Edad del Bronce mediante depósitos en fosas que contenían restos de animales y cerámicas empleadas durante los banquetes, como el caso de Nipogeia-Drapanias del Minoico Tardío IA (Hamilakis y Sherrat, 2012: 190-191). Del mismo modo, en Sicilia las poblaciones locales de la Edad del Bronce y de la Edad del Hierro efectuaban banquetes y rituales de comensalidad desde inicios del II milenio a. C. cuyos restos se amortizaban en lugares abiertos, depositando en fosas y pozos los elementos de los banquetes. Los materiales utilizados son del mismo tipo que los lugares de hábitat y las cerámicas registradas se emplearon para el almacenamiento, preparación, servicio y consumo de alimentos. Abundan los relacionados con el consumo de líquidos, la mayoría cuencos y copas carenados de producciones locales, así como los restos de los animales consumidos (Ferrer, 2013: 218-222).

La celebración de banquetes está asimismo documentada en el Bronce Final de la fachada atlántica de la Península Ibérica o en los inicios de la Edad del Hierro en Chipre a través de los útiles metálicos empleados en la preparación y servicio de la carne a los comensales. En concreto, los calderos, asadores articulados y ganchos para carne en bronce, característicos del Bronce Final del área atlántica peninsular, y en menor medida los vasos metálicos, testimonian

el consumo colectivo de carnes y bebidas en banquetes (Armada, 2011, 2015). Por su parte, los asadores o espetos chipriotas testimonian también prácticas de comensalidad mediante el consumo de carne asada durante el Chipro-Geométrico (Hamilakis y Sherrat, 2012: 195-199).

También en contextos coloniales fenicios como Utica encontramos un depósito de finales del s. IX a. C., contemporáneo a las cerámicas importadas más antiguas del depósito de Cortijo Riquelme, cuyo contenido se relaciona con un banquete, con la diferencia de que se trata de un depósito cerrado, al que no se le superponían deposiciones ulteriores. En el interior de un pozo de agua y seguramente para cegar y amortizarlo, se depositaron abundantes cerámicas fenicias, griegas, sardas y autóctonas con una importante proporción de ánforas de vino fenicias y de tipología sarda, vasos para beber, así como de cerámicas a mano locales (López Castro *et al.*, 2016). Restos de bóvidos, oviscapridos y suidos, entre otras especies, atestiguan un consumo cárnico abundante en el transcurso del mismo (Cardoso *et al.*, 2016). En definitiva, la celebración de banquetes colectivos se manifiesta de manera contemporánea en diferentes áreas del Mediterráneo a finales del II milenio y comienzos del I a. C. como una práctica colectiva cuyo sentido social y ritual ha sido ampliamente puesto de manifiesto (Sánchez, 2008; Pollock, 2012; Delgado 2013).

La existencia de depósitos anteriores a los contactos con los colonizadores fenicios, como los de Entre Águas 5, Salsa 3 y Vega de Santa Lucía, así como los precedentes peninsulares de banquetes colectivos del Bronce Pleno y Final, atestiguan la naturaleza autóctona de esta práctica social. La mayoría de los depósitos conocidos en el Sur peninsular tienen una cronología coincidente con la colonización fenicia; de hecho, la presencia de cerámicas fenicias es habitual en muchos de los depósitos analizados: el consumo de vino y de otros productos transportados en ánforas fenicias o el uso de cerámicas importadas a torno en los banquetes implicarían la integración de alimentos y formas de consumo en las prácticas sociales de las poblaciones locales. Ello a nuestro juicio forma parte

del entramado de relaciones entre colonizadores y autóctonos generado con la presencia fenicia.

Las sociedades autóctonas que realizaron estos depósitos y entraron en contacto con los primeros pobladores fenicios en el s. IX a. C. eran sociedades jerarquizadas con una base parental de orden patri-lineal, en la que la estructuración de la producción, esencialmente agrícola y ganadera, se desarrollaba en el seno del grupo parental extendido. Las estelas decoradas del Suroeste plantean la existencia de una élite que se venía definiendo a lo largo de la Edad del Bronce y que se autorrepresentaba como élite guerrera mostrando la diferenciación social en rangos y linajes que se estaban definiendo y consolidando a la llegada de los fenicios (García, 1999: 346-350; López Castro, 2013: 515-516). En estas sociedades el intercambio de dones constituía la forma en que individuos y grupos se relacionaban social y económicamente con otros grupos y en el seno del propio grupo parental. Es mediante el intercambio de dones como se establecerían y reproducirían las relaciones sociales, ya fueran de reciprocidad o de dependencia (Godelier, 1998: 151-152). A finales de la Edad del Bronce hay indicios de que se hubieran desarrollado formas asimétricas en el intercambio de dones como es el intercambio de dones agonístico o competitivo, a consecuencia de una mayor competición en la afirmación de los rangos y la diferenciación social dentro del propio grupo y frente a otros grupos. En el intercambio de dones competitivo, quienes aceptan dones de los individuos de rango superior sin poder devolverlos se convierten en sus clientes (Godelier, 1998: 89; 1999: 16; López Castro, 2013: 515-516) estableciendo así elementos de diferenciación social y de disgregación de la comunidad, ya que los dones no serían recíprocos.

Es en este contexto en el que la aristocracia colonial fenicia (López Castro, 2006) estableció relaciones con las élites emergentes locales suministrándoles mediante el intercambio de dones un conjunto de bienes de alta calidad como expresión de las prácticas sociales de la realeza y la aristocracia orientales, que reforzaran las diferencias sociales en el seno de la sociedad autóctona y ayudaran a

la reproducción de las élites a cambio del acceso a determinadas materias primas y de alianzas políticas (López Castro, 2013: 518-519). Sería así como determinados alimentos y las formas orientales de consumirlos fueron introducidos en los banquetes colectivos de las poblaciones autóctonas, los cuales jugaban un papel importante en la representación de las jerarquías sociales existentes y en la competición por la obtención de mayor rango y poder.

La deposición de los restos de un banquete en un lugar específico, amortizándolos de manera definitiva tras la celebración del acontecimiento, sin que se volviesen a emplear para usos cotidianos podría relacionarse con algún acto ritual, como si se tratase de una ofrenda a las divinidades o a los antepasados y, en todo caso, como muestra de la riqueza donada a los comensales en el banquete por sus patrocinadores. Así pues, en los depósitos se amortizarían las vajillas empleadas en el servicio y los recipientes donde se almacenaron y se cocinaron los alimentos consumidos, junto con deposiciones de otra naturaleza, por causas que no siempre es posible identificar.

## 6. Conclusiones

El análisis de los denominados “fondos de cabaña” del Bronce Final y comienzos de la Edad del Hierro en el Sur peninsular nos conduce a sostener, como han hecho otros autores, que no se trata de lugares de habitación, sino de depósitos intencionados y estructurados en áreas donde se había extraído arcilla superficial previamente. Las fosas resultantes eran posteriormente rellenadas con desechos, entre los cuales se encontraban, en ocasiones, los provenientes de banquetes colectivos. Los desechos incluían no sólo los restos orgánicos consumidos, sino la vajilla empleada, los vasos de almacenamiento y preparación de los alimentos. Se trataría, pues, de una amortización ritual quizás concebida como ofrenda y como parte final de la donación de banquetes. Estos formarían parte de las prácticas sociales de las poblaciones locales, al igual que en otras áreas mediterráneas, en las que se escenificaban las jerarquías sociales, en un contexto en el que las élites

competían entre sí por afirmar su rango y su poder mediante el intercambio de dones competitivo, del que los banquetes colectivos serían uno de los escenarios. El depósito de Cortijo Riquelme no sólo testimonia tempranos contactos entre autóctonos y fenicios en el SE peninsular, sino que muestra el desarrollo de prácticas de banquete colectivo en un contexto autóctono, marcadas por la introducción del vino y posiblemente de las formas orientales de beberlo, al menos desde la llegada de los fenicios, como podrían indicar los recipientes para su transporte, preparación y consumo.

## Bibliografía

- AGUAYO, P.; CARRILERO, M.; FLORES, C. y DEL PINO, M. (1986): “El yacimiento pre y protohistórico de *Acinipo* (Ronda, Málaga). Un ejemplo de cabañas del Bronce Final y su evolución”, *Arqueología Espacial*, 9, pp. 33-58.
- ARANDA, G. (2008): “Cohesión y distancia social. El consumo comensal de bóvidos en el ritual funerario de las sociedades argáricas”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Univ. de Granada*, 18, pp. 107-23.
- ARANDA, G. y MOLINA, F. (2005): “Intervenciones arqueológicas en el yacimiento de la Edad del Bronce del Cerro de la Encina (Monachil, Granada)”, *Trabajos de Prehistoria*, 62 (1), pp. 165-179.
- ARMADA, X.-L. (2011): “Feasting metals and the Ideology of Power in the Late Bronze Age of Atlantic Iberia”. En ARANDA, G.; MONTÓN, S. y SÁNCHEZ ROMERO, M. (eds.): *Guess who's coming to dinner. Feasting rituals in the prehistoric societies of Europe and the Near East*. Oxford: Oxbow, pp. 158-182.
- ARMADA, X.-L. (2015): “Sacrificio, consumo cárnico y religión del Bronce Atlántico a los celtas occidentales”. En GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J.; LOZANO, F. y PEREIRA, A. (eds.): *El alimento de los dioses: sacrificio y consumo de alimentos en las religiones antiguas*. Spal Monografías. Sevilla: Univ. de Sevilla, pp. 123-156.
- ARTEAGA, O. y SERNA, M. R. (1979-1980): “Las primeras fases del poblado de Los Saladares (Orihuela, Alicante): una contribución al estudio del Bronce Final en la península Ibérica (Estudio crítico 1)”, *Ampurias*, 41-42, pp. 65-138.
- BERNAL, D.; SÁEZ ROMERO, A. M.; VIJANDE, E.; PÉREZ, M. y LORENZO, L. (2010): “Actuación arqueológica

- preventiva en el Cortijo Grande Ringo-Rango (Los Barrios-Cádiz)". En *Anuario Arqueológico de Andalucía 2006*. Sevilla, pp. 554-571.
- BERROCAL, L. y SILVA, A. C. (2010): *O castro dos Ratinhos (Barragem do Alqueva, Moura). Escavações num povoado proto-histórico do Guadiana, 2004-2007*. O Arqueólogo Português, Supl., 6. Lisboa.
- BOTTO, M. (2000): "Tripodi siriani e tripodi fenici dal *Latium Vetus* e dall'Etruria meridionale". En BARTOLONI, P. y CAMPANELLA, L. (a cura di): *La ceramica fenicia di Sardegna. Dati, problematiche, confronti*. Roma: CNR, pp. 63-98.
- CAMPOS, J. M.; GÓMEZ TOSCANO, F. y PÉREZ MACÍAS, J. A. (2006): *Ilipa-Niebla. Evolución urbana y ocupación del territorio*. Huelva: Univ. de Huelva.
- CANTALEJO, P. (1991-1992): "Avance al poblamiento del Bronce Final en la cuenca del río Turón y su intersección con el Guadalhorce (Ardales, Málaga)", *Mainake*, 13-14, pp. 51-78.
- CARDOSO, J. L.; LÓPEZ CASTRO, J. L.; FERJAOU, A.; MEDEROS, A.; MARTÍNEZ HAHNMÜLLER, V. y BEN JERBANIA, I. (2016): "What the people of Utica (Tunisia) ate in the 9th century BC. Zooarchaeology of a North African early Phoenician settlement", *Journal of Archaeological Science-Reports*, 8, pp. 314-322.
- CARRASCO, J.; PASTOR, M. y PACHÓN, J. A. (1982): "Cerro de la Mora I (Moraleda de Zafayona, Granada). Excavaciones de 1979", *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 13, pp. 11-164.
- CELESTINO PÉREZ, S. (2013): "Households, merchants and feasting: socio-economic dynamics and commoners' agency in the emergence of the Tartessian world (11th-8th centuries B.C.)". En BERROCAL, M. C.; GARCÍA SANJUÁN, L. y GILMAN, A. (eds.): *The Prehistory of Iberia: Debating Early Social Stratification and the State*. London: Routledge Studies in Archaeology, pp. 311-335.
- CHAVES, F. y DE LA BANDERA, M. L. (1991): "Aspectos de la urbanística en Andalucía occidental en los siglos VII-VI a. C. a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)". En *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici (Roma, 1989)*. Roma, pp. 691-714.
- CONTRERAS, R. (1982): "Una aproximación a la urbanística del Bronce Final en la Alta Andalucía. El Cerro de los Cabezuelos (Úbeda, Jaén)", *Cuadernos de Prehistoria de la Univ. de Granada*, 7, pp. 307-330.
- DE DEUS, M.; ANTUNES, A. y MONGE A. M. (2009): "A Salsa 3 (Serpa) no contexto dos povoados abertos do Bronze Final do Sudoeste". En PÉREZ MACÍAS, J. A. y ROMERO, E. (eds.): *IV Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular (Aracena, Huelva 2008)*. Huelva, pp. 515-523.
- DE HARO, J. (2009): "El hábitat protohistórico de Vista Alegre en la periferia de la Huelva tartésica". En *Anuario Arqueológico de Andalucía 2004*. Sevilla, pp. 1782-1798.
- DELGADO, A. (2005): "La transformación de la arquitectura residencial en Andalucía occidental durante El Orientalizante: una lectura social". En JIMÉNEZ ÁVILA, F. J. y CELESTINO PÉREZ, S. (coords.): *El periodo orientalizante: Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida, Protohistoria del Mediterráneo Occidental*. Anejos del Archivo Español de Arqueología, xxxv. Mérida: CSIC, vol. 1, pp. 585-594.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2007): *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del Suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*. Córdoba: Almuzara.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. (2003): "Indígenas y Fenicios en Huelva", *Huelva Arqueológica*, 18, pp. 33-53.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, L. E.; SUÁREZ PADILLA, J.; ARANCIBIA, A.; NAVARRO, I. y CISNEROS, M. I. (2001): "Resultados de la intervención efectuada en la Plaza de San Pablo. Málaga. Barrio de la Trinidad". En *Anuario Arqueológico de Andalucía 1996*. Sevilla: Junta de Andalucía, pp. 289-301.
- FERRER MARTÍN, M. (2013): "Feasting the Community: Ritual and Power on the Sicilian Acropoleis (10th-6th centuries BC)", *Journal of Mediterranean Archaeology*, 26 (2), pp. 211-234.
- GARCÍA BORJA, P.; VERDASCO, C.; MUÑOZ, M.; CARRIÓN, Y.; PÉREZ, G.; TORMO, C. y TRELIS, J. (2007): "Materiales arqueológicos del Bronce final aparecidos junto al Barranc del Botx (Crevillent, Alacant)", *Requerques del Museu d'Alcoi*, 16, pp. 89-112.
- GARCÍA SANJUÁN, L. (1999): "Expressions of inequality: settlement patterns, economy and social organization in the southwest Iberian Bronze Age (c. 1700-1100 BC)", *Antiquity*, 73, pp. 337-351.
- GARCÍA SANZ, C. y FERNÁNDEZ JURADO, J. (2000): "Peñalosa (Escacena del Campo, Huelva). Un poblado de cabañas del Bronce Final", *Huelva Arqueológica*, 16, pp. 5-87.
- GODELIER, M. (1998): *El enigma del don*. Madrid: Paidós.
- GODELIER, M. (1999): "Funciones, formas y figuras del poder político". En *Los iberos. Principes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica (Barcelona, 1998)*. Saguntum Extra, 1. Valencia, pp. 13-21.

- GÓMEZ TOSCANO, F.; BELTRÁN, J. M.; GONZÁLEZ BATANERO, D. y VERA, J. C. (2014): "El Bronce Final en Huelva. Una revisión preliminar del poblamiento en su ruedo agrícola a partir del registro arqueológico de La Orden-Seminario", *Complutum*, 25, pp. 139-158.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1979): *Excavaciones en el yacimiento protohistórico de La Peña Negra, Crevillente, Alicante. 1.ª y 2.ª campañas*. EAE, 99. Madrid.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1985): "La Peña Negra II-III. Campañas de 1978 y 1979", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 21, pp. 7-155.
- HAMILAKIS, Y. y SHERRATT, S. (2012): "Feasting and the consuming body in Bronze Age Crete and Early Iron Age Cyprus". En CADOGAN, G.; IAKOVOU, M.; KOPAKA, K. y WHITLEY, J. (eds.): *Parallel Lives: Ancient Island Societies in Crete and Cyprus*. London: BSA, pp. 187-207.
- IZQUIERDO DE MONTES, R. (1998): "La cabaña circular en el mundo tartésico. Consideraciones sobre su uso como indicador étnico", *Zephyrus*, LI, pp. 277-288.
- JABALOY, M. E.; SALVATIERRA, V.; GARCÍA GRANADOS, J. A. y GARCÍA DEL MORAL, A. (1983): "El yacimiento preibérico del Cerro del Centinela", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Univ. de Granada*, 8, pp. 343-373.
- JIMÉNEZ JÁIMEZ, V. (2007): "La Premisa Pompeya y las 'cabañas semisubterráneas' del sur de la Península Ibérica (IV-III milenios A. C.)", *Mainake*, XXIX (2), pp. 475-492.
- JIMÉNEZ JÁIMEZ, V. y MÁRQUEZ ROMERO, J. E. (2006): "'Aquí no hay quien viva'. Sobre las casas-pozo en la prehistoria de Andalucía durante el IV y el III milenios A. C.", *Spal*, 15, pp. 39-49.
- LINARES, J. A. (2009): "Actividad arqueológica preventiva en las manzanas rc1 y v6 del plan parcial 4 Vista Alegre-Universidad (Huelva)". En *Anuario Arqueológico de Andalucía 2004*. Sevilla, pp. 1755-1769.
- LOMBA, J. (1995): "Un nuevo yacimiento del Bronce Final con cabañas de planta oval en Murcia: La Serecica (Totana)". En *Actas XXII Congreso Nacional de Arqueología*. Vigo, pp. 95-98.
- LÓPEZ AMADOR, J. J.; BUENO, P.; RUIZ GIL, J. A. y DE PRADA, M. (1996): *Tartesios y fenicios en Campillo, El Puerto de Santa María, Cádiz. Una aportación a la cronología del Bronce Final en el Occidente de Europa*. Cádiz.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (2006): "Colonials, merchants and alabaster vases: the western Phoenician aristocracy", *Antiquity*, 80, pp. 74-88.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (2013): "La sociedad tartesia y la sociedad fenicia occidental". En CAMPOS CARRASCO, J. y ALVAR EZQUERRA, J. (eds.): *Tarteso. El emporio del metal*. Córdoba: Almuzara, pp. 511-528.
- LÓPEZ CASTRO, J. L.; FERJAOUI, A.; MEDEROS, A.; MARTÍNEZ HAHNMÜLLER, V. y BEN JERBANIA, I. (2016): "La colonización fenicia inicial en el Mediterráneo Central. Nuevas excavaciones arqueológicas en Utica (Túnez)", *Trabajos de Prehistoria*, 73 (1), pp. 68-89.
- LÓPEZ CASTRO, J. L.; MARTÍNEZ HAHNMÜLLER, V.; MOYA, L. y PARDO, C. (2017): "Cortijo Riquelme y los orígenes de la presencia fenicia en el Sureste peninsular". En PRADOS, F. y SALA, F. (eds.): *El oriente de occidente. Fenicios y púnicos en el área ibérica*. Alicante: Univ. de Alicante, pp. 209-230.
- LÓPEZ ROSENDO, E. (2009): "Intervención arqueológica urgente en el yacimiento de Los Villares de Jerez de la Frontera (Cádiz). Campaña 2004". En *Anuario Arqueológico de Andalucía 2004. I*. Sevilla, pp. 369-378.
- LORRIO, A. (2008): *Qurénima. El Bronce Final del sureste en la Península Ibérica*. Madrid: RAH.
- LUZÓN, J. M. y RUIZ MATA, D. (1973): *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*. Córdoba: CSIC.
- MARTÍN CÓRDOBA, E. (1993-1994): "Aportación de la documentación arqueológica del Cerro de la Capellanía (Periana, Málaga) a los inicios del primer milenio a. C. en la provincia de Málaga", *Mainake*, 13-14, pp. 5-35.
- MARTÍNEZ PADILLA, C. y BOTELLA LÓPEZ, M. C. (1980): *El Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería)*. EAE, 112. Madrid.
- MARZOLI, D.; LÓPEZ PARDO, F.; SUÁREZ PADILLA, J.; GONZÁLEZ WAGNER, C.; MIELKE, D. P.; LEÓN, C.; THIEMEYER, H. y TORRES, M. (2010): "Los inicios del urbanismo en las sociedades autóctonas localizadas en el entorno del Estrecho de Gibraltar: investigación en Los Castillejos de Alcorrín y su territorio (Manilva, Málaga)", *Menga*, 1, pp. 153-182.
- MEDIANERO, J.; CANTALEJO, P.; MARTÍN, J. A.; ESPEJO, M. M.; RAMOS, J. y RECIO, A. (2002): "Intervención arqueológica de urgencia en el entorno de la Plataforma de Peñarrubia (Campillos, Málaga)", *Mainake*, XXIV, pp. 375-386.
- MELERO, F. (2008): "Nuevas aportaciones para el estudio del poblado del Bronce Final de San Pablo (Málaga). La secuencia de C/ Tiro 9-11, esquina Zamorano", *Mainake*, xxx, pp. 355-377.
- MELERO, F. (2009): "Descubrimiento de una nueva secuencia fenicia completa en los solares nº 9-11 de la c/ Tiro esq. c/ Zamorano. (Barrio de la Trinidad, Málaga)". En *Anuario Arqueológico de Andalucía 2004. I*. Sevilla: Junta de Andalucía, pp. 2430-2440.

- MENDOZA, A.; MOLINA, F.; ARTEAGA, O. y AGUAYO, P. (1981): "Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Granada). Ein Beitrag zur Bronze und Eisenzeit in Oberandalusien", *Madrider Mitteilungen*, 22, pp. 171-210.
- MOLINA, F. (1978): "Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3, pp. 159-232.
- MURILLO, J. F. (1994): *La Cultura Tartésica en el Guadalquivir Medio. Ariadna*, 13-14. Córdoba.
- NIJBOER, A. J. y VAN DER PLICHT, J. (2006): "An interpretation of the radiocarbon determinations of the oldest indigenous-Phoenician stratum thus far, excavated at Huelva, Tartessos (south-west Spain)", *Bulletin des Antieke Beschaving*, 81, pp. 31-36.
- PELLICER, M. y SCHÜLE, W. (1962): *El Cerro del Real. Galera (Granada)*. EAE, 12. Madrid.
- PELLICER, M. y SCHÜLE, W. (1966): *El Cerro del Real (Galera, Granada). El corte estratigráfico IX*. EAE, 52. Madrid.
- POLLOCK, S. (2012): "Towards an Archaeology of Commensal Spaces. An Introduction". En POLLOCK, S. (ed.): *Between Feasts and Daily Meals: Toward an Archaeology of Commensal Spaces*. eTopoi. Journal for Ancient Studies, Special Volume, 2, pp. 1-20.
- REBELO, P.; SANTOS, R.; NETO, N.; FONTES, T.; MONGE, A.; DE DEUS, M. y ANTUNES, A. (2009): "Dados preliminares da intervenção arqueológica no sítio do Bronze Final de Entre Águas 5 (Serpa)". En PÉREZ MACÍAS, J. A. y ROMERO, E. (eds.): *IV Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular (Aracena, Huelva 2008)*. Huelva, pp. 463-471.
- ROS, M. M. (1989): *Dinámica urbanística y cultura material del Hierro Antiguo en el Valle del Guadalentín*. Murcia: Colegio Oficial de Arquitectos-Univ. de Murcia.
- RUIZ GIL, J. A. y LÓPEZ AMADOR, J. J. (2001): *Formaciones sociales agropecuarias en la Bahía de Cádiz, 5000 años de adaptación ecológica en la Laguna del Gallo (El Puerto de Santa María)*. Sanlúcar de Barrameda: Arqueodesarrollo Gaditano.
- RUIZ MATA, D. y FERNÁNDEZ JURADO, J. (1986): *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)*. Huelva Arqueológica, VIII. Huelva.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2008): "El consumo de alimento como estrategia social: recetas para la construcción de la memoria y la creación de identidades", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Univ. de Granada*, 18, pp. 17-39.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. y ARANDA, G. (2008): "Changing foodways: new strategies in food preparation, serving, and consumption in the Bronze Age of the Iberian Peninsula". En MONTÓN, S. y SÁNCHEZ ROMERO, M. (eds.): *Engendering social dynamics: The archaeology of maintenance activities*. BAR Intern. Ser., 1862. Oxford: Archaeopress, pp. 75-85.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ-MORENO, V.; GALINDO, L.; JUZGADO, M. y DUMAS, M. (2011): "La desembocadura del Guadalhorce en los siglos IX y VIII a.C. y su relación con el Mediterráneo". En DOMÍNGUEZ PÉREZ, J. C. (ed.): *Gadir y el círculo del Estrecho revisados. Propuestas de la arqueología desde un enfoque social*. Cádiz: Univ. de Cádiz, pp. 187-197.
- SANTAMARÍA, J. A.; SUÁREZ PADILLA, J. y RAMÓN TORRES, J. (2012): "Taralpe Alto (Alhaurín de la Torre, Málaga): un nuevo asentamiento de inicios de la Edad del Hierro en el entorno de la Cuenca Baja del Río Guadalhorce". En GARCÍA ALFONSO, E. (ed.): *Diez años de arqueología fenicia en la provincia de Málaga (2001-2010)*. Sevilla: Consej. Cultura y Deporte, pp. 193-205.
- SUÁREZ PADILLA, J. y MÁRQUEZ ROMERO, J. E. (2014): "La problemática de los fondos de cabaña en el marco de la arquitectura protohistórica del sur de la Península Ibérica", *Menga*, 5, pp. 199-225.